

La mujer en la vida y en la obra de Miguel Angel Osorio (Porfirio Barba Jacob)

PRIMERA PARTE

FERNANDO SANCHEZ TORRES*

PROLOGO

Porfirio Barba Jacob ha sido uno de los poetas de mi predilección, uno de los que más hondo ha llegado a mis gustos poéticos. Siendo aún adolescente ya degustaba y recitaba sus versos, atraído por el profundo sentido que muchos de ellos encierran, como también por lo eufónicos, melódicos y armónicos. Su trascendentalidad y su intemporalidad las fui aprendiendo con el paso de los años, es decir, con mi madurez intelectual. Nunca fue, como ocurre a algunos con la poesía de Barba Jacob, la curiosidad morbosa por desentrañar el sentido sexual de sus cantos lo que hacia su obra me atrajo. Yo interpretaba, como lo interpreto ahora, que sus ideas plasmadas en versos eran la expresión bien dicha de su angustia cósmica, de sus reflexiones acerca del ser y no ser, de su inquietud existencial. Considero muy simplista pensar que la pesadumbre dolorosa que efluvia de sus versos tiene como única explicación el comportamiento sexual invertido que lo estigmatizó para siempre. Es evidente que su homosexualismo le colgó su *Inri*, pero no le causó tanto daño como para convertirse en un apabullante sentimiento de culpa que lo incitara a tomar de él toda su inspiración, o a mirarlo y sentirlo como su gran dolor, el que marcó su fatal

* Médico, ex-rector de la Universidad Nacional de Colombia, Profesor universitario, expresidente de la Academia Colombiana de Medicina y distinguido ensayista, Presidente del Club Médico de Bogotá.

destino. La inteligencia de Barba Jacob era muy rara, cuasipatológica, lindando con los terrenos de la locura. Y no se diga que fueron la sífilis, la tuberculosis, el alcohol o la marihuana los estímulos que la exaltaron. Desde muy joven dio muestras de su admirable disposición para conversar y escribir, para analizar lo trascendente. Siendo un alquimista de la palabra, se colocaba siempre a la altura o por encima de sus interlocutores. No olvidemos que su trashumancia lo llevó a tratar con intelectuales de muy finos quilates: Valle Inclán, Miguel Angel Asturias, Santos Chocano, Rafael Heliodoro Valle, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, García Lorca, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Luis López de Mesa. Todos estuvieron de acuerdo en que poseía una admirable inteligencia, infortunadamente no bien cultivada. Por ejemplo, José Vasconcelos afirmó que nuestro poeta "era el hombre que más cerca le había dado la sensación de genio". Su facultad intelectual exaltada, fue, creo yo, la grave enfermedad y la gran tragedia del poeta, y no su homosexualismo, como lo interpreta el escritor antioqueño Ebel Botero. Su inclinación sexual homóloga pudo constituirse en un inconveniente social, pero no fue su mayor preocupación. Nunca trató de ocultarla ni se sintió avergonzado de ella, a pesar de que por su culpa llegara a ser encarcelado o mal mirado en determinados círculos. En alguna ocasión, inquirido por el venezolano Gonzalo Carnevali, Barba Jacob confesó: "Usted lo que quiere saber es si soy invertido, ¿no es eso? pues sepa que lo soy, y mucho. Mis atributos masculinos están más que muertos desde hace tiempos. . . ."

Pero mi propósito no es hablar del homosexualismo de Porfirio Barba Jacob. Desde cuando leí los poemas *Canción en la alegría* y *Cintia deleitosa* entendí que él había vivido intensamente su capacidad amatoria y me entró, por eso, curiosidad por conocer el papel que en su existencia y en su obra desempeñara la mujer. Fui recogiendo datos sobre su vida y analizando a fondo su producción en verso y en prosa para satisfacer mi inquietud, en este caso bien cimentada, sin afán enfermizo, en razón de mi admiración por el poeta y de mi profesión de médico ginecólogo y cultor incondicional de la mujer.

Conocí algunos de sus versos al tiempo con retazos de su vida pues el primer encuentro con él lo tuve a través del libro *Poemas intemporales*, que llegó a mis manos en 1945. Como es sabido, en esa edición se incluye su autobiografía en dos partes: la escrita para el prólogo de *Canciones y elegías* (México, 1932) y la elaborada

para el volumen *Rosas Negras* (Guatemala, 1933). Esas dos páginas constituyen, en mi sentir, documentos de gran valor literario que permiten ahondar en su trascurrir como hombre.

Es imposible penetrar en el trasfondo de una vida para ver, como desde una atalaya, lo que hay a lo largo y ancho de ella, menos cuando no se ha conocido en la intimidad al que la vive. Pero, aceptando el precepto bíblico de que "por sus obras los conoceréis", he querido, guiado principalmente por éstas, desentrañar lo que significó la mujer para Porfirio Barba Jacob. Su obra, es cierto, está en sus versos. Su vida, en cambio, está en trozos de autobiografía ya que la extensa y definitiva muchas veces la prometió pero nunca la escribió. Quedan testimonios valiosos en crónicas y reportajes, revividos y reunidos con ocasión del centenario de su natalicio, al igual que en ensayos de importancia, como el escrito por J. B. Jaramillo Meza, que conoció bien al poeta, o el cuento de Rafael Arévalo Martínez, que, caricaturescamente, tituló *El hombre que parecía un caballo*. Ultimamente me he servido del magistral estudio biográfico que de él hiciera Fernando Vallejo, *Barba Jacob el Mensajero*, publicado en 1984.

Para analizar su obra he revisado las antologías y los estudios *El corazón iluminado* (1942 - 1968), *Poemas intemporales* (1944), *Antorchas contra el viento* (1944), *Porfirio Barba-Jacob, el poeta de la muerte* (Germán Posada Mejía, 1970), *La vida profunda* (1973) *Poemas* (selección y estudio de Carlos García Prada, 1976), *18 poemas de Porfirio Barba Jacob* (1981), *Antorchas contra el viento* (compilación, prólogo y notas de Eduarda Santa, 1983), *Poemas selectos* (selección de Carlos Jiménez Gómez, 1983) y *Poemas* (recopilación y notas de Fernando Vallejo, 1985). Si me valgo con marcada preferencia de *Poemas intemporales* es porque me parece la antología más selecta y, sobre todo, la más espontánea, pues recoge lo mejor de Barba Jacob en sus versiones primigenias, sin los pulimentos, mutilaciones y afeites, que con el paso del tiempo el mismo poeta les fue imprimiendo a sus versos.

Luego de este conveniente exordio invito al lector a que juzgue, ojalá benévolutamente, el estudio que, a manera de ensayo, le entrego en las páginas que siguen.

Una advertencia final, que considero legítima: como habremos de ver, la presencia influyente de la mujer en la vida y en la obra del personaje del cual me ocuparé, se observa desde la cuna hasta

cuando trueca su nombre de pila (Miguel Angel Osorio) por el seudónimo que le daría celebridad (Porfirio Barba Jacob). Si me ciñera a una verdad lógica no encontraría elementos, por sustracción de materia, para adelantar un ensayo sobre el asunto que me interesa, pues la mujer tuvo mucho que ver con Miguel Angel Osorio, con Maín Ximénez, con Ricardo Arenales (estos dos últimos, otros seudónimos que utilizó) y muy poco, casi nada, con Barba Jacob. Por eso en mi trabajo lo llamaré Miguel Angel Osorio, o simplemente “el poeta”, para referirme a él en cualquier momento de su existencia. En cambio, lo denominaré Maín Ximénez, o Arenales, o Barba Jacob, cuando deba mencionarlo así, atendiendo el momento en que el poeta quiso que lo conocieran y lo llamaran de una u otra manera.

INFANCIA Y JUVENTUD (EPOCA ROMANTICA)

Miguel Angel Osorio nace en Santa Rosa de Osos, en el departamento de Antioquia, el 29 de julio de 1883. Fueron sus padres Antonio María Osorio, tinterillo hosco, apasionado por el alcohol, “frío para la vida del hogar”¹, y Pastora Benítez, mujer descendiente de próceres, alguna vez con buenos bienes de fortuna, de frente arqueada y delicada, redonda y hoyuelada la barbilla, los labios finos y negro el cabello. Además de hermosa, “tañía su guitarra como el sol tañe estrellas”². Según Jaramillo Meza, uno de los buenos amigos del poeta, doña Pastora no fue una mujer de acendrados afectos³. A la suya la calificó el poeta como “una familia estrambótica”. A los tres meses de nacido fue dejado en manos de su abuela paterna Benedicta (“Oh mujer extraordinaria”⁴), bajo cuyo cuidado y afectos —ella sí— creció. A los doce años viajó a Bogotá a conocer a sus progenitores, pero su presencia no les produjo ningún entusiasmo. Regresó entonces a Angostura a sollozar por su orfandad en el regazo de su madre abuela. Explicable entonces que Miguel Angel no le tuviera ningún afecto a doña Pastora ni la trajera a su recuerdo como algo grato. No se conocen cartas ni

1. Juan B. Jaramillo Meza. *Vida de Porfirio Barba Jacob*, Instituto de Cultura Hispánica, Bogotá, 1972. pág. 11.

2. Porfirio Barba Jacob. *La divina tragedia*, en *Poemas Intemporales*, México, 1944, pág. III.

3. Op. cit., pág. 11.

4. *La divina tragedia*, op. cit., pág. IV.

documento alguno que hicieran pensar que ella ocupó en su vida un puesto de importancia. Jaramillo Meza refiere que el día que lo conoció en La Habana, y cuando paseaban por el malecón, le dijo: "Amigo mío, para ser hombre, pero en toda su plentiud, son necesarias dos cosas imperativas: odiar la patria y aborrecer la madre"⁵. Puede parecer monstruosa esta afirmación. Laureano Gómez la interpretó como el grito de un criminal o de un loco⁶. Seguramente una de esas crisis de orfandad que solían apoderarse del poeta lo indujo a blasfemar. Y cuando se ahonda en la razón de las blasfemias es posible encontrar su explicación y aun su justificación. Se dice que doña Pastora murió en Bogotá en 1907, en casa de su hija María⁷. Jamás el poeta hizo mención de su deceso.

Benedicta Parra de Osorio, su abuela paterna, fue, con razón valdedera, el gran afecto familiar de Miguel Angel, sentimiento que conservó íntegro durante toda su vida. Permitámosle que sea él quien nos la presente: "Mi madre abuela Benedicta era una mujer extraordinaria por su energía moral, por su equilibrio, por su bondad y su carácter. Ella no solo ayudó con heroico trabajo a levantar la rústica fortuna, sino que hizo posible que sus descendientes tuviéramos aspiraciones a una vida moral e intelectual elevada y mantuvo siempre el derecho a amar la belleza, el estudio y la ciencia, cosa que sin ella no habríamos logrado. . ."⁸. Con su madre abuela vivió desde los tres meses hasta los doce años, cuando se trasladó a Bogotá en busca del cariño y del apoyo de sus padres, sentimientos que no encontró en ellos y, por eso, hubo de retornar decepcionado a su terruño. Cuando tenía catorce años se aparta de la buena Benedicta para ir a estudiar a Medellín y se aloja en casa de sus tíos Félix Osorio y Camila Isaza, que le dan un buen trato⁹. Terminada la Guerra de los Mil Días, de la cual fue

5. Op. cit., pág. 71.

6. Laureano Gómez ("Jacinto Ventura"), *Barba Jacob, un degenerado*, en *Revista del Centenario de Porfirio Barba Jacob*, Santa Rosa de Osos, agosto de 1983, No. 5., pág. 43.

6. Ibid, pág. 43. ("Jacinto Ventura"), *Barba Jacob, un degenerado*, en *Revista del Centenario de Porfirio Barba Jacob*, Santa Rosa de Osos, agosto de 1983, No. 5., pág. 43.

7. Fernando Vallejo, *Barba Jacob, el Mensajero*, Ed. Séptimo círculo, México, 1984, pág. 430.

8. Vallejo, op. cit., pág. 382.

9. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 14.

militante a la fuerza, regresa a Angostura donde halla el amor de Teresa Jaramillo Medina (Teresita) y pierde el de su abuela Benedicta. En *La divina tragedia* registra este hecho doloroso:

Un lampo de claridad divina me iluminó sobre sus despojos inanimados, y no sentí dolor: ¡ni una lágrima! Comprendí la epopeya. . . Yo sabía más que nadie de los zafiros de su misericordia, de los crisoberilos de su bondad, de los diamantes de su perdón. ¡Oh, mujer extraordinaria! ¡Estas palabras que te elogian son una realidad en la esencia misma de Dios! Aquel bregar al lado del esposo, en los agrios e insalubres campos, al lado del esposo, que era hecho del más burdo y puro roble de la raza; aquel bregar para ir alzando la familia de rústica a distinguida, de burda a discreta e inteligente. . . Aquel bregar para que se uniesen hijos y nietos, ciento y tantos, en una dulce armonía de afectos. Aquel servir y ser leal cincuenta años a un hombre a quien no eligió, a quien no amaba y comprendía, ¡sólo porque era su esposo! Yo conocía aquel calvario; y en torno de él veía la prole numerosa, feraz, ardiente, elevándose en inquietud, en aspiración, en inteligencia, en goce de la vida, de la dulce vida. . . Cómo no creer que era digna de la corona del descanso aquella mujer, que había pasado encendiendo antorchas de almas, insinuando benevolencias en la desatada maldad de las cosas, ejercitándose en dolores de partos y en cocinar, grávida aún, para peones de la roza de su marido. . . ¡Cómo no aceptar sin protestas dolorosas la paz final de la santa que había robado al patrimonio para socorrer menesterosos, y aún par adorar a Dios en la pompa de sus altares de Corpus, que los hacía tan bonitos! ¡Cómo no advertir que ya reposaba, y que no tendría que descifrar, con sus cándidas interpretaciones domésticas, los enigmas de este Miguel Angel, el nieto de la esperanza, tan raro y tan amante! ¡Cómo no creer que la muerte era par ti bella como tu rostro, suave como tus efusiones, tranquila como tu ensueño en los jardines de marzo!. . . ¡Oh, madre mía abuela Benedicta, Benedicta Parra de Osorio, hija de Antoñito Parra y Eugenia Giraldo, y muerta en la gracia de Dios el 2 de diciembre de 1905! ¡Qué lágrima te daría yo que encerrara todo cuanto queda de puro en mí! ¡Qué libro te compondría yo que me reintegrara en la pureza de mi corazón, sin los pasados extravíos! ¡Qué canción en cuyas estrofas no vibrara el rugido de Satanás! ¡Qué verso fraguado con

otras palabras, las palabras con que tú despertaste en mí el amor a la vaga poesía del mundo!¹⁰.

“Muchas veces —refiere años después—, innumerables veces sueño con mi mamá Benedicta y despierto llorando. Todos los años, cuando se llega el 2 de diciembre, vuela mi pensamiento a unirse contigo (la tía Rosario), y contigo hace la triste peregrinación hacia el cementerio donde reposan los restos de mi madre Benedicta, la santa, la humilde, la valerosa mujer que tanto me amó y a quien amo todavía. . . ”¹¹.

En la primera y segunda versiones del poema *En la muerte del poeta* (1919 y 1921) la recuerda cuando él atravesaba la etapa de tierna niñez:

*La abuela había podado el huerto.
Nubes errantes. . . Lácteoazulino chorro de agua
entre la etérea bruma del claro día infantil;
y por la noche, no sé que aromas entre las ráfagas
de los eneldos, y los saúcos y el toronjil.*

*La abuela había podado el huerto (. . .)*¹²

En 1927 escribió Barba Jacob un corto relato en prosa intitulado *Transfiguración*, en el cual rememora un pasaje de su época infantil, situándose él y su madre como personajes centrales. Conociendo que entre los tres meses y los doce años estuvo distante de su madre verdadera, ha de presumirse que la mujer que evoca es a su madre Benedicta. En efecto, el poeta muchos años más tarde declara que fue ella quien ofreció contarle el cuento de la flor de lilo-lá. Dice así el escrito:

Era “un día entre los días”, en mi niñez montesina, en la casa solariega. Mi madre, sentada en el umbral, mirando hacia el pueblo en calma, hacia el monte que en el prodigio de la noche recortaba su silueta contra la penumbra celeste, conversa con unas damas viejas acartonadas y silenciosas. Creo que les refiere por la centésima vez la epopeya de la familia, el viaje a Sopenrán.

10. Loc. cit., pág. IV. V.

11. Vallejo, op. cit., pág. 436.

12. *Antorchas contra el viento*, compilación de Eduardo Santa, 1983, págs. 175. 184.

Yo interrumpo el plácido discurrir. Voy, vengo, me agito, derramo el raudal de mis risas. Mi madre me llama y me ajonja primero, me reconviene después. Lloro y voy a su regazo. Entonces ella, rozando con suave caricia mi frente y acallando el sollozar de mi pecho, me promete contarme un lindo cuento si reposo y me duermo. El cuento de la flor de lilolá. Reposo. . .

Pero mi madre no encontró razonable contarme tan linda historia. Y aunque después, al fluir de los días, demandé muchas veces el cumplimiento de la promesa, jamás oí de su boca el relato encantado. Al fin, cuando ella entró en las postrimerías, una noche de congoja en que su dulce espíritu pareció serenarse, le recordé la escena infantil:

- No me contaste nunca el cuento de la flor de lilolá.
- Oh, me dijo ella con triste sonrisa. Esa flor no la ha visto nadie, y ni siquiera se sabe en qué país crece. . .¹³.

No sé hasta dónde esta flor de lilolá, que es como un símbolo, como algo inalcanzable, vino a transformarse, en la época de la madurez del poeta, en Acuarimántima, la ciudad inexistente y, por lo tanto, etérea.

María del Rosario Osorio de Cadavid, hermana de su padre, fue la querida tía de la infancia, que hizo, en parte, las veces de su madre. A su hijo Jaime lo enseñó a leer el poeta y a él se refiere en *La parábola del retorno* (1906):

(. . .) *Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya! (. . .)*¹⁴.

María de Jesús Osorio, la tía Jesusa, fue también otra de las mujeres a las que conservó hondo afecto. En una carta dirigida a la tía Rosario desde Nueva York, en 1916, lo confiesa: “Ella y tú sois las personas a quienes más aprecio en el mundo después de aquel

13. Antorchas. . . , op. cit., pág. 288.

14. *Poemas intemporales*, Editorial Acuarimántima, México, 1944, pág. 18.

dos de diciembre en que se fue para siempre la dulce Benedicta, la que era madre común de todos nosotros”¹⁵.

María Osorio era su hermana mayor, a quien definiera como “una racha perfumada del verano”¹⁶. Fue, según su prima Rita, su mayor enemiga¹⁷. A Dolores Osorio (Lola, su hermana) la consideraba “un lirio de gracia”¹⁸. A Mercedes Osorio de Castro, su tercera hermana, la recordaba como “una granada entreabierto en la delicia de castos festines”¹⁹. En algunas de las horas duras —con cara y sabor de hambre— que vivió el poeta, su hermana Mercedes y su esposo Salvador Castro, le dieron afecto y comida. Después Miguel Angel los ayudaría a rehacer parte de su fortuna y, en señal de gratitud, ella les daría lo necesario, a él y a su hijo adoptivo Rafael (del cual hablaré más adelante) para que dejaran el país. En 1929 Porfirio vivió con Mercedes y su familia en el Hotel Savoy de Bogotá, distanciados ya por diferencias familiares²⁰.

Las mujeres mencionadas anteriormente formaron parte de la vida familiar del poeta. Indudablemente que su madre abuela Benedicta fue la que dejó indeleble huella en su afecto y en su recuerdo.

Pero tratemos de precisar cuándo, en qué circunstancias y con quién, el amor casto y el amor sensual penetraron en su corazón y en sus sentidos, y constituyeron fuente de inspiración a su vena poética, o intervinieron de alguna manera en su vida.

Alguna vez, en 1921, recordando su niñez desventurada y sus primeras sorpresas, evocó sus “tímidos amores de seis años con una maestra de escuela que tendría veinte”²¹. Nos encontramos aquí con un antecedente importante: la inclinación amorosa hacia el

15. *Carta inédita de Barba-Jacob. El poeta en Nueva York*, “El Tiempo”. *Lecturas Dominicales*, julio 31, 1983, pág. 6.

16. *La divina tragedia*, op. cit., pág. II.

17. Vallejo, op. cit., pág. 422.

18. *La divina tragedia*. Loc. cit., pág. II.

19. *Ibid.*, pág. II.

20. Vallejo, op. cit., pág. 54.

21. Vallejo, op. cit., pág. 180.

sexo opuesto, el despertar precoz de su sentimiento heterosexual. Probablemente un psicoanalista freudiano interprete este episodio como una representación edípica, en la cual la maestra, objeto deseado que lo aventaja sobradamente en edad, simbolizaría a su madre.

Hay, asimismo, un hecho relevante que debe registrarse: su primera producción poética, según lo confesó a Jaramillo Meza, fue inspirada por una mujer, o por lo menos dedicada a ella, en 1897, siendo él un adolescente de catorce años²². Esa mujer fue Amelia Uribe, novia entonces de su primo hermano Luis Felipe Osorio. Para mala fortuna, el poema no llegó a la posteridad.

En 1902, inmediatamente después de la guerra y cuando contaba diecinueve años, el amor entró a su corazón personificado en Teresita Jaramillo, su verdadera primera novia y su novia de siempre, como lo recuerda en *La dama de los cabellos ardientes*. Ella era hermana de Julia, Ricardo y Francisco, amigos de la infancia que vivían en Yarumal. Teresita, la "Beatriz aldeana", como la llamara Rafael Maya, "toda olorosa a frutas, cuya cofia resplandecía en las fuentes como la diadema teologal de la otra bajo las alas de los ángeles"²³, marcó, según Delfín Acevedo, el destino del poeta, dejando en su espíritu un vacío tan hondo que jamás mujer alguna pudo llenar²⁴. Por eso ella fue la inspiración de buena parte de su producción literaria, como veremos enseguida.

En Angostura, Antioquia, en diciembre de 1904, escribe un soneto titulado *Teresita*, que dice:

*Eres tierna y lozana como un capullo abierto
que guardase el aroma de mis campos nativos,
eres la galanura del jardín de mi huerto
donde juegan las auras en los verdes olivos.*

22. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 14.

23. Porfirio Barba Jacob, en Revista del Centenario de Porfirio Barba-Jacob, Santa Rosa de Osos, No. 1, 1983. pág. 21.

24. *Semblanza de Porfirio Barba Jacob*, ediciones especiales de la Escuela Superior de Administración Pública, Bogotá, 1982. pág. 10.

*Y la música suave de tu labio entreabierto
que atesora los himnos breves y dejativos,
de la sorda tiniebla de mi espíritu incierto
va apagando, amorosa, los rumores nocivos.*

*Eres el sol que enciende mi rosada mañana;
con tu amor has fundido la crueldad de mi pena;
el amor te hizo noble y el dolor te hizo sana. . .*

*Eres casta y sencilla, eres piadosa y buena,
y como eres más blanca que un enhiesto capullo,
eres toda mi gala, eres todo mi orgullo²⁵.*

El poema de las dádivas, fechado en 1912 y publicado inicialmente con el título "Mujeres de Guatemala"²⁶, se inicia, no queda duda, con una remembranza de Teresita:

*Era dulce, pequeña, intranquila,
con los bucles de un bronce de gloria,
con la voz infantil e insinuante
y las manos leves, cándidas e inquietas.*

*Fingían sus ojos rendidos
al mirar, dos profundas violetas;
su menuda presencia exhalaba
un bíblico aroma de mirra y de unguento,
y toda su carne temblaba
como tiembla un rosal bajo el viento.*

*A su amor arribé muy temprano,
al cantar de la alondra primera,
y me vieron rondar sus jardines
las noches de luna de la primavera.*

*Mas pasó cual la sombra de un ave
sobre un lírico estanque dormido,
y quedaron vibrando, vibrando,
sus palabras de miel en mi oído.*

25. *Antorchas contra el viento*, op. cit., pág. 272.

26. *Antorchas contra el viento*, op. cit., pág. 138.

*Y esta fue toda entera su dádiva:
la visión de unos ojos azules
donde un lampo indeciso se esconde,
y una voz de frescuras edénicas
que a través de mis males responde! (. . .)²⁷*

La trae de nuevo al recuerdo, sin nombrarla, en el pasaje segundo de su poema *En la muerte del poeta* (1919), pasaje en el que canta su edad adolescente:

(. . .) Catle-catleyas, tilán-tilancias. . .

*La noche ingenua pasé cantando locas canciones
frente al prodigio de tus jardines,
bajo la órbita de arduo misterio de tus balcones
—catle-catleyas, tilán-tilancias. . .
Ya rezagados iban volando mis serafines
y ardía el cámbulo en las distancias. . .*

*Yo te veía por mis ensueños
peinar, triscando, tu cabellera,
y en sus aurinos bucles sedeños
iba viajando mi alma viajera.
Lloro y canciones fue mi vigilia, fue mi vigilia.
Si tú lo dudas novia temprana,
que te lo cuente con labio amargo la bugambilia;
y sin embargo. . .
y sin embargo,
me voy mañana. . .*

*Me voy. . . Me llaman los senderuelos
por unas abras que dan a un monte
que mira a un valle que lleva a un mar.
Para mi novia, tras la efulgencia del ultramonte,
gloria y fortuna voy a lograr.*

Una voz íntima:

27. *Antorchas contra el viento*, op. cit., pág. 135.

*Brazos de púgil forjan ciudades
para el que pugna, para el que sueña,
para el que vence las liviandades.
La urna del tiempo guarda esplendor.
Cuando retornes, la pudorosa niña antioqueña
con sus cabellos mullirá el tálamo del buen amor.
Para el que labra, para el que sueña,
la urna del tiempo guarda esplendor. . . (. . .)²⁸*

En una versión posterior del mismo poema (1921), el segundo pasaje de la adolescencia lo trueca y lo titula *Iomena* (Pasa la sombra de una mujer), pero palpita en él la presencia de Teresita:

*(. . .) Torcaza bruna que te adormeces de luz del día,
¡Iomena incauta, vigor ardiente, juventud mía!
La onda estelífera se diluía,
ebria de mieles, en la ternura del plenilunio primaveral. . .
¡Cómo huye el tiempo! Lulos de oro, rumor de abejas,
piñas maduras, vientos del monte, noches del mar. . .
Y un beso era una ambrosía
en los festines del Ideal.*

*Volví los ojos en repentina mirada atenta,
y vi las cosas. . . Había en todas una mudez. . .
Y. . . — ¡oh desvaríos!, ¡oh desvaríos!— yo suspiraba:
“Espectros vanos, moldes vacíos
que hay que moverlos como las piezas del ajedrez. . . ”*

Una voz agorera:

*A un doncel ciñe la fértil Musa
y a un bardo espera la blonda niña,
una antioqueña flor de Israel
que enjугue a besos su frente, triste bajo el laurel.
¡La vida es grata! ¡Reposa y sueña!
Tal vez aún llegue la ardiente niña
una antioqueña boca-de-miel. . . (. . .)²⁹*

28. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 87.

29. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 155.

En un álbum de la señorita Ester Lozano, parienta del embajador de Colombia en el Perú, aparece el poema *Canción en la alegría* obsequiado a ésta en Lima en 1927³⁰; seguramente fue escrito mucho antes y el personaje femenino que lo inspiró tuvo que ser la niña de Yarumal:

*¡Oh juventud. . . y el corazón. . . y Ella,
¡música en el silencio del palmar!
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,
y el corazón, la juventud y Ella
me infunden vago anhelo de cantar.*

*Junio en sus brazos cálidos madura
de mayo floreal la herencia opima;
y la onda musical de la luz pura
truécase en polvo de oro de la rima.*

*¡Oh juventud. . . y el corazón. . . y Ella,
trémula en el cordaje del laúd:
Ella florida, Ella enardecida,
Ella, todo el aroma de la vida
en la miel de la dulce juventud!*

*Aún siento impulsos de cantar. El viento
riega efluvios de Dios por la pradera,
toda primor de nácar y de trino
en la infantilidad de la mañana.
— ¿Qué es poesía?
— El pensamiento divino
hecho melodía humana. . .³¹*

La fecha del obsequio de este poema no puede interpretarse como la de su producción. Hay dos razones para ello. Miguel Angel Osorio fue muy dado a acomodarle fechas a sus poemas, por conveniencia, como también a dedicarlos a distintas personas. A este respecto, Alfonso Bonilla Aragón comenta que “. . . Barba tuvo la costumbre, parece que con el objeto de hacerse a algunos ingresos, de publicar como originales y con otras dedicatorias poemas no

30. Vallejo, op. cit., pág. 155.

31. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 94.

inéditos y ya dedicados a otras personas”³². La segunda razón se sustenta en que la realidad no concuerda con el sentido del verso. En 1927, a los 44 años, Barba Jacob no poseía ya capacidad amorosa para el sexo femenino, como tampoco la inclinación de acudir a la mujer en busca de inspiración. No hay duda, en mi concepto, que Ella, la de la *Canción en la alegría* es Teresita Jaramillo.

En Guadalajara, en 1921, escribió *Elegía de un azul imposible*, que es una añoranza de la época feliz de su adolescencia:

*¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólculo —la flor de los crepúsculos—,
y era como las teresitas: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar.*

En aquel pueblo, olían las brisas a azahar.

*Aún bañan, como a lampos, mi recuerdo:
su cabellera rubia en el balcón,
su linda hermana Julia,
mi melodía incierta. . . y un lirio que me dio. . .
y una noche de lágrimas. . .
y una noche de estrellas
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo. . .*

*Francisco, hermano de ellas, Juan-de-Dios y Ricardo
amaban con mi amor las músicas del río;
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros;
las noches negras, negras, ardidas de cocuyos;
el son de las guitarras,
y, entre quimeras blondas, el azahar volando. . .
todos teníamos novia
y un lucero en el alba diáfana de las ideas.*

*¡La muerte horrible — ¡un tajo silencioso!—
tronchó la espiga en que granaba mi alegría:
¡murió mi madre!. . . La cabellera rubia de Teresa
me iluminaba el llanto.*

32. Alfonso Bonilla Aragón, *Porfirio Barba-Jacob pródigo y turbulento*, en *Revista del Centenario de Porfirio Barba Jacob*, Santa Rosa de Osos, No. 4. 1983, pág. 59.

*Después. . . la vida. . . el tiempo. . . el mundo,
¡y al fin, mi amor desfalleció como un convólculo! (. . .)*³³

Por último, en 1927, en la *Nueva canción de la vida profunda* recuerda, como algo ya borroso, el amor con Teresa:

*Te me vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembra en tus embriagueces el dolor de la vida!*

—¿Y nada más?
—Y un poco más. . .

*La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, los primarios ímpetus! ¡Los matinales vuelos!
Tuve una novia. . . Me parece que fue en abril (. . .)*³⁴

Hemos repasado ya lo que Teresita Jaramillo significó en la obra del poeta. Fue, sin lugar a duda, el motivo de su más pura inspiración. Veamos enseguida lo que implicó en su vida.

En sus primeros años adultos se constituyó en el elemento inductor de su alegría, de sus aspiraciones, de sus sueños. Pese a que en *El poema de las dádivas* exprese que la visión de sus ojos azules fue apenas la dádiva que le dio, en la primera versión del poema *En la muerte del poeta* confiesa que ella, en su momento, fue su gran estímulo, la razón de su energía:

*(. . .) Para mi novia, tras la efulgencia del ultramonte,
gloria y fortuna voy a lograr (. . .)*³⁵

Pero conociendo su vida, situado en el ultramonte, lejos de Teresita, acabó su felicidad y se inició su calvario. . .

33. *Poemas intemporales*, op. cit., págs. 99, 100. Más tarde el poeta le cambió el título por "Cáncion de un azul imposible".

34. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 84.

35. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 87.

En 1907, viviendo en Barranquilla, publica en un periódico el *Desamparo de los crepúsculos*, que es como un adiós a su niñez y a su adolescencia, y hasta a la vida misma. Recuerda el momento doloroso de la muerte de su abuela, invoca a Teresita, una “ánfora de virtud enaltecida”, como la “lánguida novia de pupilas hondas”, y deja entrever un pesimismo extremo, un desfallecimiento frente a lo que vendrá, por lo cual le pide a ella perdón.

*Huyo de aquel dolor que me hizo un día
bajo el misterio incógnito del cielo
sangrar el alma silenciosamente. . .
¿A qué desde las áridas riberas
tender la vista al horizonte? —El claro
beso de luz en la extensión naufraga—
y antes de que la sombra me circuya,
apagaré mi espíritu intranquilo
en el fulgor violeta de la tarde. . .*

*Ya sobre el mar en gira tumultuosa
no veré más la convulsión enorme
que templó mi vigor, ni en la propicia
madurez halagüeña de los trigos
espaciaré los moribundos ojos;
ya no he de uncir las manos temblorosas
al tronco de los robles, cual solía
para trepar hasta el follaje ameno,
ni más sobre el fervor de la pradera
repicará la esquila de mis cantos;
no veré más el rayo de la luna
que se quebraba en los azules montes. . .
¡no veré más los ojos de los niños!*

*Tu perfume y rumor del campo umbrío,
hacecillo de rosas ideales,
ánfora de virtud enaltecida—
tú —la maga de veinte primaveras,
lánguida novia de pupilas hondas
que cruzas bajo el árbol del ensueño,
perdóname! —la lumbre que redime
sobre los montes del confín no viene,
la fe desmaya, la ilusión desmaya. . .*

*y antes de que las sombras me circunden,
apagaré mi espíritu intranquilo
en el fulgor violeta de la tarde!*³⁶

Dice Jaramillo Meza que la familia de Teresita quería a Miguel Angel³⁷. Sin embargo, la madre de ella fue la culpable de que no se casaran pues el poeta no tenía disposición para el hogar y su profesión —soñador, maestro de escuela— le despertaba mucha desconfianza. Es probable que por eso Teresita lo rechazara. Esta circunstancia, y la muerte de su madre abuela Benedicta, lo obligaron a marcharse. Recibió entonces, como él lo dijera, “el aletazo de la aventura”³⁸.

Muchos años después, el 11 de octubre de 1927, se reencuentran en Yarumal. El encuentro, dicen, fue emocionante, desgarrador y decepcionante³⁹. Teresita, que fuera bella “como un angel crepuscular”, era ya un atardecer otoñal. Todos los presentes rompieron a llorar cuando Porfirio declamó para ella *Canción de un azul imposible*:

*Hacia el jardín de ayer de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad.*

*Escueto, triste, duro corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.*

36. *Poemas*, recopilación y notas de Fernando Vallejo. Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, Bogotá, 1985, págs. 43, 44.

37. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 35.

38. *La divina tragedia*, op. cit., pág. V.

39. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 99.

*¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín azul de la ilusión. . .
¡Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?*⁴⁰.

Alguna vez alguien le preguntó al poeta si al volver a encontrar a Teresita no había pensado en casarse con ella. Respondió:

“Eso sería asesinar el amor”⁴¹. Ella murió soltera en Yarumal en 1952⁴².

Pero antes de Teresita y después de su precoz amor por su maestra, Miguel Angel poseyó una amante de verdad. Y fue el enamorado de otras. Lo primero ocurrió cuando estuvo al servicio de las fuerzas gobiernistas durante nuestra Guerra de los Mil Días (1899 - 1902). Refiere el poeta que en el transcurso de la campaña, durante la cual su contingente no halló al enemigo jamás, tuvo una querida negra, muy joven, muy linda. “Me hacía —dice— que yo le pegara en las nalgas, riendo la Sulamita, y primero se cansaba mi puño que aquel mármol tenebroso. ¡Cómo deseaba yo a veces saber tirar con un rifle, como los demás militares, para traerle garzas!”⁴³. Es probable que basado en este pasaje de su experiencia como militar, Jaramillo Meza se sintiera autorizado para afirmar que en medio de las penalidades de la guerra, nuestro personaje se contagió de perversidad. A pesar de la gran amistad que tuvo con aquél, el poeta fue muy discreto con él respecto a su comportamiento sexual, a punto tal que Jaramillo manifestó no haber visto nunca nada que confirmara la versión de su homosexualismo. Pero no tiene nada de extaño que prejuzgara que fue allí, en su vida de cuartel, cuando se iniciara su extravío sexual. Sea lo que fuere, lo

40. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 45. Es conveniente anotar que en la antología *Antorchas contra el viento*, prologada y compilada por Eduardo Santa, figura este poema, *Canción de un azul imposible*, con el título de *Estancias*, cambio que autorizó el poeta en 1941. En la misma antología del poema que en *Poemas intemporales* figura como *Elegía de un azul imposible* es transcrito como *Canción de un azul imposible*. Jaramillo Meza es quien refiere que Barba Jacob declamó, en su reencuentro con Teresita, el poema *Canción de un azul imposible*. Yo he transcrito la versión de éste que figura en *Poemas intemporales* (1944) y en *El corazón iluminado* (1942).

41. Vallejo, op. cit., pág. 43.

42. Vallejo, op. cit., pág. 44.

43. *La divina tragedia*. op. cit., pág. III.

que se conoce es que Miguel Angel Osorio, hasta entonces, se sentía atraído por las mujeres. En la misma campaña militar, en 1901, estuvo en Ituango, donde se prendó de la telegrafista de nombre Amada Zabala, a quien invoca en sus cartas "Amada, dulce amada mía. . .". En concepto de su prima Rita, después de Teresita, Amada fue la mujer de sus amores⁴⁴. Otto Morales Benítez dice que el poeta le confió a Felix A. Betancur, su compañero de armas, su amor por Amada Concepción Zabala, pero que ella no le correspondió⁴⁵.

Y hay todavía otra mujer en su vida, antes de que se lanzara en su eskuife azul a la aventura: Silveria Prisco, una hermosa campesina, agregada de la finca del abuelo, morena clara, con dos lunares en su rostro que la hacían más atractiva. No es de extrañar, entonces, que Miguel Angel le llevara serenatas y fuera su inspiración para escribir una novelita que su prima hermana Rita Osorio Atehortúa le ayudó a copiar. Dicha incursión literaria causó escándalo en el pueblo, a tal extremo que el alcalde la consideró atentatoria de la moral pública y el párroco, el padre Mariano, la incineró⁴⁶. Es seguro que esa novela, de la que sólo quedan retazos, fuera algo cursi, de tintes rosa. Jaramillo Meza dice que era un escrito ingenuo, en prosa romántica, que relata los amores castísimos de Virginia (así se titulaba) con un tal Maín Ximénez⁴⁷. *Virginia* fue escrita cuando Miguel Angel se reincorporó al pueblo de Angostura, luego de la guerra. El paisaje que le sirvió de inspiración fue la hacienda de su abuelo, "La Romera", donde conoció a Silveria (Virginia) y él (Maín) se enamoró de ella. Para que nos demos cuenta de su explosión amorosa, he aquí una muestra:

Tú eres, Virginia, un himno viviente al ideal del amor.

Oye una súplica: sé una brasa ardiente en el incensario agosto de mi fe; sé un férvido rito extrahumano que llene de sagradas músicas el templo de mi alma; sé, en el recóndito templo del alma mía, la sibila que augure el noble advenimiento de un amor ardiente y casto (. . .)⁴⁸.

44. Humberto Diez, *La prima de Barba-Jacob habla de infancias y secretos*. "El Tiempo", *Lecturas Dominicales*, junio 23, 1974.

45. Otto Morales Benítez, *Tres relatos acerca de la aventura guerrillera de Barba-Jacob*, en *Aguja de marcar. Notas críticas*. Biblioteca Banco Popular, vol. 97. Bogotá, 1976.

46. Vallejo, op. cit., págs. 427. 428.

47. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 31.

48. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 31.

Y otra más:

Tendremos himeneo, tendremos oración para formar con savia una carnal criatura como tu imagen, pura, o impura como yo (. . .)⁴⁹.

Imagino que el último párrafo transcrito fue la piedra de escándalo para que el padre Mariano y el alcalde ignoto, de consuno, lanzaran al fuego la novelita que nunca llegó a los lectores. No obstante, de sus páginas surgió un nuevo personaje, Maín Ximénez, quien, a partir de 1904, substituyó a Miguel Angel Osorio⁵⁰.

Fecha en 1910 da a conocer su poema *La carne ardiente*, que se me ocurre que podría perfectamente hacer referencia a aquella época, y que Fantina fuera Silveria:

*En un jardín de aquel país horrendo
hallé a Fantina, de ojos maternas
y desnudeces mórbidas, tejiendo
guirnalda con las rosas vespérales.*

*Y cual las aguas turbidas de un río
que rompe un viento en procelosa huella,
gimió de amor mi corazón sombrío
y suspiró mi mocedad por Ella.*

*—“Fantina— dije con ahogadas voces
que al brotar abrasábanme la lengua—:
quiero hundir mis mejillas en la falda
de tu traje, que apenas roza el viento,
entreverar un lirio en tu guirnalda
y ungir tus trenzas con precioso unguento”.*

*La vi volverse, rígida y sañuda,
por esquivar me el juvenil encanto:
¡quizá en mis voces se sintió desnuda
y la vergüenza desató su llanto!*

49. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 31.

50. Jaramillo Meza, op. cit., pág. 26.

*Y en la tórrida hora cenicienta,
de ondas pesadas, que al jardín caía,
miré mi carne ansiosa y opulenta,
¡y en un rojizo resplandor ardía!*⁵¹

Aquello de “un país horrendo” hace mención a Colombia pues, como vimos antes, el poeta en un tiempo —¿o siempre?— odió a su patria. El ambiente del poema es el del campo, el de los jardines de Angostura, que muchas veces remembrara, y la escena ocurre en plena mocedad, la misma que vivía cuando escribió “Virginia”.

Antes de enfrentarnos a su vida tormentosa es necesario consignar que existen referencias acerca de otro posible amor: Carolina Vásquez. Da testimonio de ello Francisco Rodríguez Moya, amigo suyo en Santa Rosa de Osos, en 1902. “Muchas veces, declara, le escuché evocar, de manera obsesiva, el nombre de esa mujer”⁵².

51. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 30.

52. Vallejo op. cit., pág. 427.